

CONTINUA LA
1.ª GRAN FERIA DEL
AUTOMOVIL USADO
con carta de garantía
MANUEL REY
CONCESSIONARIO DE
EXPOSICIONES: **BARREROS**
BETANZOS: Avda. de La Coruña - Telf. 499
FERROL: Avda. Grialmo. 209-Tel. 354990

La Voz de Galicia

DELEGACIONES:
FERROL: Canalejas, 84. - Telf. 351476
SANTIAGO: Doctor Teijeiro, 5. - Telf. 581035
L U G O. Buen Jesús, 2. - Telf. 211070

V I G O: José Antonio, 62. - Telf. 223311
ORENSE: Santo Domingo, 39. - Telf. 216454
CARBALLO: Desiderio Varela, 18. - Telf. 65
PONTEVEDRA: Cobián Roffignac, 2. - Telf. 851777

BANDAS TRANSPORTADORAS
Firestone
VENTA - EMPALMES SINFIN - REPARACIONES, ETC.
NEUMATICOS RIERA
Ramón de la Sagra, 11 - Teléfono 232036 - LA CORUÑA

LA GUERRA ENCUBIERTA

por EDUARDO PÉREZ HERVADA

El progreso de la ciencia, para el bien y para el mal, obligará a un progreso paralelo dirigido hacia el incremento de la justicia y la bondad humanas. Antes el hombre era igual de malo, aunque la falta de medios en gran escala, según actualmente existen, le cortaba sus maldades. La guerra estimula y fomenta los inventos, luego aplicados como propina para las necesidades de la paz. La fuerza atómica, por ejemplo, sirvió para inocular innumerables individuos y todavía tiene escasas aplicaciones en beneficio de la vida cotidiana. Continúa el poder ligado a la fuerza y fuerza es también el poder económico. «Poderoso caballero es don dinero» se decía en el siglo de oro, y ahora en este siglo que es el siglo de los billetes, de los cheques y de las letras de cambio, o sea la era del papel, continúa la moneda simbólica en su trono de reina del mundo. Llegamos a calificar a las personas por sus medios materiales, y los llamados signos externos, aislados o unidos a un valor intrínseco, se utilizan de baremo en la complicada taxonomía social. El hombre fuerte tiene la posibilidad de obrar sobre el mundo exterior mediante una cierta energía, o, mejor explicado, mediante un conjunto de energías. Expone Stricker «Fisiología del derecho» que la fuerza humana se liga a los músculos voluntarios, lo cual le hace discutir una ligazón de derechos a los impulsos voluntarios, puesto que para el cadáver, imposibilitado de recuperar su libre albedrío, no se reclaman derechos, tras pasados al heredero en caso de sucesión reglamentada. Algo análogo ocurre a las naciones y a las sociedades prepotentes. En ellas los músculos voluntarios se encuentran representados por la máquina de su poderío, y los medios puestos en juego con el fin de alcanzar lo anhelado equivalen a los brazos.

Todo lo mueve la fuerza, y si en la guerra la victoria es premisa obligada, la capacidad, la organización, la potencia, y la energía desplegadas son ayudas imprescindibles para conseguirla. La guerra aparenta el emblema de la vida, y si en una o en otra se flaguea el triunfo no acude. Se busca el poderío, la autoridad, la ocasión, el singularizarse. Las naciones y los hombres. Al hombre le domina el afán de triunfo y la apetencia de mando buscados por méritos esenciales o mediante determinados rodeos apoyados en peculiar psicología. En la teoría adleriana, fundamentada y basada completamente en los sentimientos de inferioridad y su contrapunto el ansia de superarlo al convertirlo en fermento y levadura de nuestros actos, en cuanto se refiere a la potestad, a la hegemonía, y a elevarse por encima de los demás. Así quien en la noble lucha no destaca y triunfa, no brilla y asciende, recurre a subterfugios y argucias para conseguirlo. Existen reacciones biológicas comprobadas en la totalidad de la serie animal, desde

el protozoa hasta el hombre. Una es la tempestad de movimientos y la otra el reflejo de inmovilización. La primera es típica del ser vivo ante situaciones amenazadoras o que impiden el curso de su vida, y la segunda guarda relación con los fenómenos catalepticos o de hipnosis, y ambas constituyen actitudes impulsivas, difusas, propias de sujetos sin complicación, primitivos o inmaduros, y, más rara vez, de personalidades diferenciadas, enigmáticas, de vivencias embrolladas. Pero esta psicología encajada en lo rudimentario y exenta de complejidades podría contener el facsimile de la masa. La masa, abandonada a sus impulsos luego de preparada por la minoría en sus tendencias, comportamiento y actuaciones, también se manifiesta con intencionada agitación o con una tranquilidad posiblemente precursora de futuras intervenciones. La tranquilidad puede dimanar de un posible ahorramiento, remedo de un reflejo de inmovilización, una forma de simular la muerte por miedo a recibirla, que no empece para transformarse luego en una tempestad de movimientos. Durante la paz está la guerra soterrada, y durante la guerra nunca hay completa paz. Entonces la guerra se encuentra dormida, atargada, como en vacaciones, escondida y presta a manifestarse si la propia ocasión se lo permite. El conjunto parece apaciguado, tranquilo, moderado, contenido, templado, sumido en un paciente descanso dirigido a la consecución de los bienes comunes y esperados. En el reloj del mundo la cuerda de la masa es la minoría, y la llave para dársela exige perfecta adaptación al mecanismo capaz de poner en movimiento el adecuado aparato cuenta horas.

Si. Casi siempre lo hecho ha sido hecho con fines bélicos. Los satélites espías, los aviones fotógrafos carentes de piloto, insustituibles confidentes mecánicos, parecen dedicados en la actualidad a transmitir noticias y aportar datos meteorológicos. Antes los observadores se subían a los árboles y con su agudo y fino oído escuchaban el tamán de los enemigos. Y a gritos anunciaban el peligro de invasión a los de su tribu. No será imposible que pasados años volvámos a lo mismo. Las costumbres, las modas y los modos, tal las pescadillas, se muerden la cola. Descrita una circunferencia de círculo más o menos amplia, volvemos indefectiblemente al punto de partida. Muchas civilizaciones han nacido, han crecido, alcanzaron su cúspide, y han fenecido dejando en pos una estela de amplitud variable y desigual persistencia. Norbert Voss en su libro «El fin de la civilización?» se pregunta el destino de la actual.

Se vislumbra en lontananza la puesta a punto de un nuevo talión, ajeno a las leyes oficiales vigentes. Lo cual significa el retorno a una justicia particular o de grupo, al fin y a la postre una guerra encubierta.

O ESPELLO NA MAN

COSTA DEL FINISTERRE

Por VICTORIA ARMESTO

En un momento u otro de nuestras vidas, todos hemos podido ser calumniados y pueden haber dicho de nosotros cosas que nunca han sido ciertas. Otro tanto le ocurre a los países y a las regiones. España tiene su «leyenda negra». Galicia también, y dentro de Galicia existe una zona injusta y sistemáticamente denigrada.

Me refiero a la costa del Finisterre, con sus cuatro partidos judiciales, Carballo de Bergantiños, Corcubión, Muros de San Pedro y Noya.

Se trata de una de las zonas más interesantes, misteriosas y encantadoras de Galicia, y suele presentarse como un lugar desolado y fatal, y a no sé quién se le ocurrió la perversidad de llamarle «Costa de la Muerte». Posiblemente tan desafortunado nombre debe ser una invención reciente, pues en los libros antiguos yo nunca lo he visto; pero di mentiras que siempre quedará algo... Ahora todo el mundo lo usa con tranquilidad.

El único reproche que yo le hago a mi buen amigo don Francisco de Ramón y Ballesteros, que ha escrito dos libros muy gratos en defensa de su tierra finisterrena, es que use el maldito remoque como título del primero: «Fantasías y realidades de la Costa de la Muerte». (1).

Lo único de muerte que hay en toda esta zona deliciosa, idónea para el desarrollo de la industria y del turismo, son las carreteras; pero esto es un mal que comparte con toda la región gallega, no es una distinción personal.

Antiguas y hermosas leyendas prestan misterio al Finisterre galaico. Antes del descubrimiento de América se consideraba que aquí estaba el fin del mundo. Dentro del mundo pagano tuvo un papel importante como sede del Ara - Solis o templo del sol, y por el influjo de Dugium, la capital de los Nerios.

La hecatombe de Dugium —según nos recuerda el señor Ballesteros en su reciente libro «Oscurantismo Finisterrenano»— puede estar concatenada con la catástrofe de Herculano y Pompeya en los años 63 y 79 de nuestra era. Carré Aldao, en su «Historia

del reino de Galicia», crece que Dugium fue una población lacustre.

Además de adorar el sol, los antiguos habitantes del Finisterre galaico adoraban la piedra, y esta adoración persiste debidamente ligada al culto jacobeo.

Francisco de Ramón y Ballesteros cuenta que tanto en el monte San Guillermo, que es parte del promontorio del Cabo Finisterre, como en el Pindo, se desarrolló hasta tiempos recientes el culto fálico, con existencia de piedras que decían dotadas de misteriosa virtud y que servían de lecho para los matrimonios estériles.

También dentro del culto a las ánimas se interfiere el litolátrico: cuando no se presentan en forma de «bellonns» (aberrjorrs), las almas lo hacen en forma de piedras, las cuales se hallan en los caminos y profieren gritos de dolor si se las pisa.

El nexo de unión entre el Finisterre y la leyenda Jacobea se basa en la supuesta visita apostólica. Mientras el Apóstol Santiago predicaba en Muxía (oficialmente Muga) se le aparece la Virgen con el Niño en brazos tripulando una lancha de piedra en la que remaban dos ángeles. Quedaron los restos de la pétreo embarcación en el acantilado y son las veneradas «pedras dos cadris» y «pedra de abalar», o altar oscilante.

Pasando por debajo de la «pedra dos cadris» se quitan los dolores reumáticos y muchos otros. Para los fieles un poco gordos constituye un ejercicio difícil, pues el orificio por donde hay que pasar es pequeño. Frente a las piedras misteriosas está el Santua-

rio de Nuestra Señora de la Barca, sobre el que escribió un Opúsculo Histórico en el año 1864 don Luciano Roa, explicando además de la historia del templo que los misteriosos movimientos de la piedra «kabalantex» no se deben a causas naturales, sino a una decidida intervención divina.

Entre otras falsedades atribuidas a la costa finisterrena se cuenta la de presentar a sus sufridos habitantes como piratas dispuestos a provocar naufragios y pasar a cuchillo a los navegantes supervivientes.

Es una imagen que forma parte del macabro folklore, pero don Francisco de Ramón y Ballesteros, que ha nacido allí, como nacieron sus padres y abuelos, dice que sólo una vez tuvo noticias de que en la costa se produjera un hecho criminal de este tipo y que esto fue en el año 1850.

Lo que sí es cierto es que como en esta costa naufragan tantos barcos por razones del temporal y sin que nadie les ayude, abundaban, en las épocas antiguas, los llamados «playeros», cuyo oficio era el de comerciar ilegalmente con los restos de las mercancías que el mar solía arrojar a las playas, principalmente a la «de las Dunas» y a la de la Agruña, cerca de Corrubedo.

Lejos de matar a los naufragos, los habitantes del Finisterre están especializados en salvamentos y su historia ofrece singulares ejemplos de héroes anónimos que arriesgaron su vida para salvar la del prójimo.

En «Fantasías y realidades de la Costa de la Muerte», Francisco de Ra-

món y Ballesteros hace una relación de los más sonados naufragios acaecidos en la costa. Uno de los más famosos fue el del «Wolfstrong», que se hundió, entre 1850 y 1860, ante la piedra negra de Arou.

De gran romanticismo es la historia que va unida al hundimiento del barco «The Grand Liverpool», en Corcubión. Se salvó —con asistencia de los finisterrenos— toda la tripulación, menos una señora muy joven y bonita, viuda reciente de un oficial de marina inglés fallecido en Calcuta. Días más tarde y en la casa de Cee donde se alojaba, se suicidó el capitán del «Grand Liverpool», bien por la pena de haber perdido su barco o bien, como se dijo entonces, por amor a Elena, que así se llamaba la viuda de la que el capitán se había enamorado durante la travesía.

Cincuenta años después de haber naufragado el «Liverpool», el buzo Juan B. Rodríguez, de Muros, bajó al punto en donde se había hundido y encontró un gran colmillo de elefante, 21 libras esterlinas de oro, una saboneta ilegalmente con los restos de las mercancías que el mar solía arrojar a las playas, principalmente a la «de las Dunas» y a la de la Agruña, cerca de Corrubedo.

El colmillo de elefante sirvió para tallar la efigie de un Santo Cristo que luego se veneró en una iglesia de La Coruña.

Por cierto que en la costa hay dos cristos muy famosos, y los dos, según la leyenda, aparecieron misteriosamente flotando en el mar.

Son el Santo Cristo de la Agonía de (Pasa a la PENULTIMA página)

DA NOSA FALA

Por MANUEL VIDAN

A porta do rezador non pañas o millo ó sol; e á porta do que non reza nada: nin millo, nin trigo, nin cebada.

TODOS sabemos que el Códice Calixtino nos hace una amplia y detallada descripción de cómo era la catedral compostelana a principios del siglo XII.

Pero, como introducción, nos sitúa la ciudad entre el río Sar y el Sareia, indicando además que, en la muralla que la rodeaba, se abrían siete puertas.

Nos da los nombres de las puertas de esta muralla, que —con un radio mayor— sustituyó a la anterior, que se llamaba o Acinto Yello —el viejo cinturón de la ciudad, que prácticamente abarcaba la Catedral, Anteañares, o Preguntoiro y las casas de los canónigos, es decir a Conga.

Al ir hablando de los nombres de esas siete puertas nos iremos dando cuenta de por dónde iba la muralla de la Compostela gelmiriana.

—«0»—

El Calixtino comienza la enumeración de las puertas por la **porta francigena**, que era la correspondiente al camino francés. Hoy se denomina **A Porta do Camiño**.

Desde esta puerta seguía la muralla por la **Rúa de Entremuros**, describiendo un cuadrante de círculo hasta la segunda puerta: **Porta Penne**, cuya denominación se conserva en la actual **Porta da Pena**, del latín *pinna*, que dio *pena* en gallego y *peña* en castellano.

Evitando la gran pendiente que por los terrenos de San Martín desciende hacia San Francisco, la muralla seguía una línea cóncava hacia el **Pazo do Arzobispo**; pero, antes de llegar aquí y entre San Martín y la Catedral, se abría la tercera puerta: **Porta de Subfrátribus** —**porta ó pé dos frades**, que se llamó **Porta de San Martiño**, cuya denominación se ha perdido.

—«0»—

Desde el **Pazo do Arzobispo** descendía ligeramente hacia poniente a lo largo de la fachada del actual Hostal de los Reyes Católicos hasta el comienzo de la calle de Carretas, donde estaba la cuarta puerta: **Porta de Sancto Peregrino**, junto a la iglesia de **Santa Trindade**, demolida hace pocos años. Esta puerta se denominó **Porta da Trindade**. Esa iglesia de **Santa Trindade** era donde se enterraban a los peregrinos que morían en Compostela.

Seguía la muralla por donde está ahora la Casa Consistorial, el jardín botánico de Fonseca, y —atravesando o **Campo da Leña**, entre la actual Casa-Cuartel de la Guardia Civil y Correos— iba por la **Rúa de Entrecercas** hasta la quinta puerta: **Porta de Falgueris**. Sin embargo,

como dice muy bien el doctor Moralejo en sus notas a la traducción del Calixtino, esa denominación **Falgueris** es una falsa latinización de un vocablo provenzal equivalente al **folgueira** o **filgueira** gallegos, que —procedentes del latín *filicaria*— significan **helecho**. La denominación correcta era la de **Porta de Fageariis** —**Puerta de las hayas**— que se conserva en la actual denominación de **Porta Faxeira**. Seguramente que Aymerico —el verdadero responsable del famoso códice— confundió *fageariis* —**hayas** con el provenzalismo *falgueris* —**helechos**.

—«0»—

Desde **Porta Faxeira**, seguía la muralla por la **Rúa do Peso** y la **Rúa de Entremurallas** hasta la sexta puerta, a la que el códice llama: **Porta de Susannis**, que —probablemente del árabe *susan*, de donde proviene *azucena*— significaría **Puerta de las azucenas**. Sin embargo, la denominación tradicional es la de **Porta da Mámoa**, quizá porque cerca había alguna mámoa. ¿Creería acaso Aymerico que la palabra gallega *mámoa* designaba alguna flor o fruto en forma de *mama*? En latín, por ejemplo, había una clase de *migo* que, por tener esa forma, se le llamaba *mamillana*. Y en gallego les llamamos *mamofas* a las castañas cocidas con la piel interior y la cáscara exterior. Desde luego, la denominación de Aymerico no deja de ser sorprendente.

Desde esta **Porta da Mámoa**, que estaba en el extremo inferior de la actual calle de las Huérfanas que era la antigua **Rúa de Callobre**, seguía la muralla por la fuente de San Antonio hasta la séptima puerta: **Porta de Maceirellis**, llamada actualmente **Porta de Mazarelos**, que es la única cuya estructura se conserva. Probablemente este **Mazarelos** procede de un derivado romance de *macellu* —**mercado**, ya que no sólo hubo ahí mercado sino que también se le llamaba **Praz do Mercado** la que estaba junto a esa puerta.

La muralla seguía por el murallón da **Virxe da Cerca** hasta cerrar su circuito en la primera puerta mencionada: a **Porta do Camiño**.

—«0»—

A muller mal amañada: antes abre a porta que fai a cama.

—«0»—

CORRIGENDA.—Según comunicación de don Isidoro Millán González - Pardo, el vocablo *após* sigue vivo en la zona de Cambados.

OUTEIRO DE SAN XUSTO

A FESTA DO GAITEIRO, NO MONTE DA SANTA CRUS (RIBADEO)

Por ANTON BUXAN

Non ten dúbida que agosto ó mes máis festeiro da Galicia, reconhecendo, emporiso, a sonda da Noite de San Xoán, coas lumeiradas, coa feitura do lume novo e as súas ledaiñas dos desconxuros, namentras se cruzan (en xeito de crus) o lume, cantando:

«Brinco por enriba do lume de San Xoán, prá que non me trabee nin cobra nin can».

e recoñecendo, asimismo, a non menos sonada Festa do Apóstolo. Mais o mes de agosto é o que nos regala a meirande colleita de festas acotío. Non pasa día sin que se sinta falar de tres ou catro, ou dez, ou vinte festas das que se saíba. Hai festas nos lús, e nos martes, e nos xoves, e nos domingos. Por isto, no primeiro domingo de agosto, cadrando co día do Santo Cristo da Victoria, —festa sonada en Vigo—, lévase a cabo na fermosa, anterga, señoira e acolledora cidade de Ribadeo o anal homaxe ó GAITEIRO GALEGO. O Gaiteiro e a súa gaita —cós seus acoedecés sons, coa súa pedal do roncón, coa súa acemosa alborada—, fai chegar a nós a lembranza saudosa dos antigos homes, que fixeron inzar a caste na nosa terra. O Gaiteiro e a súa gaita fannos a oferenda da mistura que leva dentro do seu sangue o home galego, mistura de rexo e doce, mistura de muñeira e alalá, mistura do home cristián con tremor de Deus co home cheo de medos, que lle chegaron a í polas tradicións das relixións fálicas. O Gaiteiro abre o abano da súa música e, pola meigueira que lle xurde do albano, convirte a fogaxe atafegante na airexiña benfadada e medradeira, enche o noso espírito da ledicia das regalías e féndenos unha regandixa na nosa ánima pra acougar nela as cántigas saudosas, cantadeiras e mitolóxicas, que fan sortir de nós a lapa (llama) prendedora e lumiosa do lume sagro dó amor á terra.

Eu cheguei a Ribadeo o sábado pola noite, ás dez, e xa latexaba no espírito de Ribadeo e no das súas xentes o tremecimento lostregante do intre que lles tocaba vivir na festa vindeira do día seguinte. As rúas estaban cheas de xente bulidora, de xente cantadeira e brincadora, de xente á que se lle facía lonxe por endemais agardar a chegada do domingo. O mencer, emporiso, foi gris. Mais a brétema poñía un albor arxentado no horizonte e acochaba o monte da Santa Crus. Pola media mañán, unhas raiolas de sol fundiron parte da brétema e fixeron qencer os ollos e os corpos da xente. Rachouse o aire silandeiro pola feitura dos gaiteros, de unha presa de gaiteros, e deimpois outra, e logo gaiteros e aturuxeiros facendo música pra bailada das muñeiras e contrapasos, das pandeiradas e das danzas, e pra tódoos xogos que convirten os compasos en chouteira ou

maneo, en danza da roda ou en danza de romeiros. A música faise danza, e as matinacións cheas de tristuras e coitas dos homes trocáncen nunhas imaxes brindeadeiras, que o levan amodiño deica o apouso agarimoso e curandeiro.

O remate da oferenda musical no Cantón de Ribadeo, comeza a rubida ó Monte da Santa Crus, onde ten cobexamento a romaría. Más de trinta centos de persoas foron a facelo xantar é encol do monte. Encetáronse as empanadas feitas polas monxas, catáronse as boas talladas de bon pulpo, coméronse sardiñas asadas ó lume e todo ben mollado cos viños da nosa Galicia tropical. As postrimeirías xurdiron as lapas ledas, lixelras e voandeiras da queimada. E de súpeto voltaron a nacer os sons das gaitas, e as xentes —erguidas do chan coma si as moveran os cordellos de un guiñol meigueiro—, poñéronse a facer a xigantesca bailada, a bailada das muñeiras máis trecente, máis sentida, máis chea de lume, máis rescendente que o home que non vira, endexamáis podería matinar. Nin probes nin ricos, nin achegados nin alleos, nin clas outa nin clas baixa. Non había máis caste que a dos hirmaus en Cristo e na Galiza. Moreas de xente, coñecidos ou alleos, xunguidos pola mesma arela, con máis espírito e senso que saber —más co lume da idea na súa ialma—, facían rubir os pés polo aire coma si lle nasceran áas ó rente dos seus nocellos. Cós maus collidas apertadamente pra beillar facendo roda, ou ceibos pra facela bailada anterga —a de sempre—, centos a centos de homes e mulleres fixeron lixeliros os seus corpos rachando, por unha vegada, a lei da gravidade. Parecía un bulir e rebulir de pombas e pombos, xogando, brincando, voando, co sorriso nos beizos, co corazón danzando coa festa e toda a ialma posta no homaxe á Gaita, que ven a ser o mesmo que o homaxe a Galiza.

Dende istas liñas quero chamala xente pra que cavile sobre a importancia da Festa do Gaiteiro. E unha festa de hirmandade, coma Cristo nos insinuo. Hai que ir e vivila. E aperceber o senso de axuntamento chegárase a converter no axuntamento deica o fondo —de tal xeito que os galegos sentíramos a hirmandade facéndonos hirmaus uns dos outros, coma é a nosa obriga pola orde de Deus—, a nosa terra rubiría deica ó outeiro que lle ten asinalado o fado. Nise intre, tiñamos ben merecida a beizón de Deus.

Dende eiquí, eu coído no trunfo da vindeira festa do Gaiteiro Galego. Teño fé nil, porque teño esperanza infinda nas xentes que enchen estes eidos. E os homes, mulleres e nenos das catro provincias —que non son máis que unha—, acocáran o outeiro do Monte da Santa Crus de Ribadeo, pra que sexa certo ise ancelo, que temos todos, de facer unha unicidade da Galiza.